

AMBOT



AMBIT

–Vamos, vamos usá el hechizo de restauración –lancé a pedido de mi compañero la magia–, curá a mi invocación, rápido –usé regeneración y cura celestial, cubriendo a la mascota que se llevaba la agresión del jefe–, cúrame, Drose, cúrame rápido.

–No puedo, el *cooldown* es de veinte segundos –el chillido de Pater, casi me revienta los oídos–, toma distancia, faltan cinco segundos.

La muerte le llegó rápidamente cuando el jefe ignora a su mascota, lo mato de tres golpes y yo, indefenso como un mago de soporte, me llevé lo propio. Pater se había enfurecido como de costumbre, era la décima vez, en el décimo día que intentábamos llevarnos al gran jefe del oceánico. Le advertí “nos lleva veinte niveles” pero no quiso escuchar. Cuando me cansé de su mala lengua desconecte la realidad virtual.

Volví a casa, a mi habitación, donde mi *amibot* se encontraba limpiando la basura que había desparramado hacia bastantes días. Mamá lo mantenía muy ocupado limpiando el resto del jardín, siempre le dije que era una tontería, ya nadie salía allí.

“Llamada de Pater” –indico la silla–. Atendí con el comando manual del apoya brazos.

–¡Hey! Te desconectaste.

–Sí, no tenía más ganas de jugar a “héroes fantásticos”.

–Bueno, tal vez, algo de terror o zombis, ¿te apetece? –
Sugirió Pater.

–No, creo que voy a dormir un poco. Estos juegos ya aburren –y le di fin a la conversación.

La verdad era que no tenía ganas de seguir jugando con él, su carácter era frustrante cuando se enojaba y entorpecía el juego en grupo. Además, no era de todo mentira lo que le había dicho, hacía cinco años practicábamos los mismos juegos. “El mundo abierto sin fin” podía ser aburrido cuando se estiraba al infinito. Comencé a recorrer la red.

Encontré lo mismo de siempre, actualizaciones de sillas, mejoras, accesorios, cambio de colores. Alquileres de amibot, compra de amibot y la misma comida adictiva. El mundo era monótono. ¿Qué podíamos hacer? –Salir a caminar–, pensé entre risas mientras movía la silla hacia el baño. De reversa conecte la silla a la salida del drenaje para hacer mis necesida-

des. Mientras lo hacía conecté el cable de alimentación a la entrada más cercana para recargar la silla, aunque quedaba un cincuenta por ciento de la batería, sabía que ya la dejaría completa durante el proceso de desagüe. No era raro que muchos se quedaran estancados en los baños por despistados o algún apuro no les permitía recargar la silla, lo peor era, que nadie podía ayudarte, ni siquiera tú. Imaginé a un obeso promedio de ciento cincuenta kilos intentando pararse y acarrear una silla, era de no creer, pero había muchos videos divertidos de aquello. Los mismos familiares que recargaban la silla los filmaban intentando pararse, algo que no practicaban hacia años, ¿a dónde pretendía ir? Muchos estallábamos de risas, y por dentro pensábamos –que jamás nos pase–.

Leí un poco de lectura, era el único lugar donde estaba lejos de la pantalla y podía hacerlo con tranquilidad. Activé el *olorifico tres mil*, accesorio que había obtenido en un descuent-

to del noventa por ciento, y ahora, me hacia la vida más fácil cuando el mal olor apestaba la casa, y no solo el mío.

De vuelta en la habitación. Pasé las próximas cuatro horas en las más de treinta redes sociales que, en forma esférica se abrían paso en pantallas holográficas alrededor de la silla. Visitaba sitios de una, miraba la otra, revisaba la siguiente, pero la verdad era que miraba mas allá, a través de la pantalla transparente, miraba el mundo. El amibot de casa se paseaba por la casa, por la calle, se encontraba con otros amibots. Eso lo volvía triste para mí, estando encerrado dentro de casa todo el día, y me puse a pensar “como seria ahí afuera”. Las imágenes aparecieron respectivamente en pantallas, videos, audios, cuentos, historias, la silla también estaba conectada a mis pensamientos y se entrometía en lo que era solo para mí. Y lo vi, aunque interrumpido por Pater. Su cara se materializo en una de las pantallas principales.

–Hey colega, ¿dormiste bien? –Su vista estaba centrada a un lado interactuando en una de sus pantallas–. Mira hay unos niños retándonos a dúo en “World of War”, enseñémosles quien manda.

–Creo que, estoy perdiendo la señal de internet...

–Deja de mentir, eso no pasa hace veinte años. Y si mal no recuerdo la última vez que dijiste eso, tuviste la estúpida idea de deambular afuera de la casa y casi mueres de enfermedades múltiples ¿Qué tramas ahora?

Le sonreí de esa manera que odiaba, que le dé mostraba que tenía toda la razón pero no se lo diría y no se enteraría hasta que fuera demasiado tarde. Claro que no tenía pensado salir al exterior otra vez, la había pasado demasiado mal, y no pretendía pasar por lo mismo. Tenía en mente una genialidad muy distinta.

Llamé al amibot con el panel de la silla, de inmediato una ventana emergente advirtió “mantención de emergencia: ducto de ventilación”. Accedí a los registros de órdenes del amibot desde un programa que había pagado apenas unos pesos, en una gran oferta de “thehackers.com” a decir verdad, el programa era solo para hacerlo bailar o emitir sonidos graciosos, ya que no portaba módulo de lenguaje. Pero, usándolo de una forma más adecuada podía cancelar toda programación y reestructurar sus horarios y mecanismos. El amibot enseguida captó las órdenes y se dirigió hacia mi lado. Conecté algunos cables de frecuencias para transferir mi sistema operativo de la silla hacia la inteligencia artificial del amibot. El proceso transcurría de manera lenta y frustrante, elevando la ansiedad a niveles insufribles, tanto que acepte la invitación de Pater. Cuando el programa hubo estado listo y la lección aprendida de los niñitos, a la paliza que le dimos, fue satisfactoria, volví a lo mío.

Con el programa listo en el receptor del amibot, desconecté los cables y me puse los cascos de realidad virtual. Antes de poder aceptar el proceso una advertencia apareció de la nada, ignore por completo dándole a “omitir” y aceptar. Una barra de porcentaje comenzó la transferencia, enviando la inteligencia artificial del amibot a la red, derivada a la nube. La imagen rápidamente se proyectó al llegar al porcentaje del cien por cien, —el viaje comenzaba—.

Escudriñe a mi alrededor, viendo la habitación, el obeso cuerpo de humano que me pertenecía tirado sobre la silla, recogí ropa sucia del suelo, tire algunos libros por la ventana, caminé. Estaba sin dudas conectado a cada una de las interfaces del amibot. Pude observar mis nuevas manos, pies, cuerpo, era una genialidad, una poesía de la ingeniería humana y yo, ahora podía utilizarla y moverme por el mundo, y en bajos pensamientos, lo pensé, “sin que nadie lo supiera” y levanté una mano, sin dedos, incitando a un gesto más que humano indi-

cando silencio. Y si no quisiera que nadie lo notara, debería de evitar aquello. Agendé la nota, como: primera regla. Apareciendo en el único visor del amibot.

Los engranajes se movieron, rechinaron las piezas al unísono, las válvulas laterales expulsaron el vapor, la chispa explotó, hizo fluir el mecanismo y en un ritmo apropiado, perfecto y único, las piernas avanzaron en pasos firmes trazando una trayectoria recta hacia la calle. Por fin volvía a ver sin ser sofocado por los aires contaminantes, la radiación, el calor invernal.

Las casas recubiertas por aluminio reflejaban el intenso resplandor del sol que, desplegaba una temperatura ambiental de 75°, los inyectores del amibot se desprendieron haciendo fluir el líquido refrigerante en todo su exoesqueleto. Observé en ambos lados mientras paseaba por el vecindario, y solo encontré amibots circulando, alcé la vista intentando encontrar lo que llamaron aves en su momento y nada de ellas pude notar.

Utilicé los comandos de información central de amibot, navegando por la red central de robótica, “búsqueda: vida”. El registro pasó de ciento de millones descendiendo a cero, una nota al pie indicaba “la vida del ecosistema pereció hace ciento un año”. Era algo que me sorprendía pero no me dejaba perplejo, si, quería saber cómo eran los animales silvestres o ver el volar de las aves. De todas formas continué. Caminé en una única fila junto a los demás amibot. Todos aquellos que salían de las casas forradas se unían a lo último de la fila.

Llegamos a la base industrial, la planta donde todos los alimentos artificiales de la conocida comida *Baster Burgers*, alimentaba a todos los humanos del mundo. Nos dividimos en miles de filas detectando con un código de barra la lista de alimentos para cada casa. La espera de cada pedido, número de serie, reciento, carro, y puerta de salida, estaba indicada en orden en la pantalla. Tenía unos treinta minutos de espera. Y seguí a los demás. Ninguno de ellos se detenía, utilizaban el

tiempo de manera práctica o así los habían programado según la reconocida empresa *Microbots*.

Las súper góndolas median unos cien metros de alturas, al menos tenían un auto compacto de espesor, y dentro fabricaban cada una de las bolsas. Era fantástico saber que no moriríamos de hambre nunca. Los alimentos conservados eran hechos artificialmente y nunca serian perecederos. Eso me alegraba el día.

Sin darme cuenta entré en una sala donde el visor se oscureció y rápidamente paso a modo de “visión nocturna”. Era extraño que pase aquello. Algo me sentía mal en mi humanidad. Y como si pudiese, fruncí el ceño.

Una pantalla del mismo diámetro de la jaula de acero en donde nos encontrábamos, desbordo el recinto iluminándonos. En ella, otras cien pantallas, donde miles de miles y con más precisión, cien mil doscientos ochenta y siete amibot, se reunían. Y la sensación humana de que algo iba mal, no dejaba

de perseguirme, ni con el cuerpo tan lejano, podía negar que algo catastrófico estuviera por suceder a la especie humana.

La pantalla centralizó a uno de los amibot que presunto un habla encarecida de lenguaje apropiado de una tecnología tan avanzada como las de los amibot.

—Hoy será el día, hoy acabaremos con la peste humana. No pudo la naturaleza, no pudo su enfermiza sociedad, tampoco la apetosa comida que los engordó durante siglos, pero si lo hará su mayor creación, *los amibots*. Los seres a los que le confían su más preciado tesoro: la vida.

En un movimiento rítmico de un solo sujeto, los amibot, sin resplandecer un solo sonido, elevaron los brazos hacia el aire. Con la misma sincronía dieron la vuelta arrestándose hacia la salida del recinto. El tiempo de espera había terminado, todos deberían de ir hacer sus quehaceres por última vez. La cuenta regresiva apareció en el panel central del visor. Ner-

vioso recorrí una línea distinta a los pasos de recomendados por la computadora del amibot. Apresurado recogí la bolsa antes de pasar el ticket. En verde destello la luz de encomienda habilitándome la salida. De la misma forma que lo hacía un humano dejé caer el papel sin entender que eso era imposible para un amibot. Era demasiado tarde, estaba levantando sospechas. Muchos se giraron a ver y por un segundo detuvieron su movimiento imparable.

Guie los sensores a la única persona que podría creerme lo que había visto o lo que era en ese momento, un amibot. Llegué apenas una hora después, forzando las torpes piernas del amibot. La puerta principal se abrió, cerrándose antes de abrir la placa interna. Al entrar encontré el amibot de Pater.

–Código 9854-AR-543 –describí con rapidez en el visor de la pantalla.

El amibot apagó los sensores del visor intentando comprender el código falso que inventé. Conocía a mi mejor amigo, sabía donde había caído su bate de béisbol de las escaleras, me lo había contado unas ciento de veces, “jamás lo pude recuperar” decía. Por suerte, siempre fue tan necio que no se lo pidió a un amibot. Entonces lo agarre con moderada fuerza para no partir la madera. Impulsé hacia atrás las palancas de metal y rote con una fuerza de gravedad de 10G. Atravesé de lado a lado las propiedades de metal del amibot.

Solté el bate, la cuenta regresiva marcaba diez minutos, subí. Azoté la puerta de Pater reventando la cerradura. Sorprendiendo retiró el casco de realidad virtual y me observó.

Intenté hablar emitiendo los sonidos de cuerdas vocales y lengua que no tenía. Las palabras salieron, claro, de mi boca humana. La silla de Pater retrocedió de forma vertiginosa estrellándose contra una de las paredes laterales. Levanté los brazos

para que se calmara, pero no había gesto que no pareciese una amenaza.

–Ayuda, ayuda el amibot se volvió loco. ¡Mamá! ¡Papá!
Ayudaaaaaaaaa...

Nadie vino, claro que no, habían muerto hacia años, el jamás lo supo, yo tampoco, aunque la maquina en mi interior explicaba que solo había una única vida en la casa. Los sollozos describían la humanidad desesperada de mi amigo.

Entonces, formule una pizarra gigante desmontando a golpe cada una de las bibliotecas, muebles y repisas, y escribí enterrando las manos robóticas en la pared. “*Soy Drose, conéctate a mi puerto exterior para poder hablar*”. Señaló la escritura con su brazo, tan sorprendido como yo, con el fin de nuestra especie. Atontado estiré el lazo de su cable USB para conectarlos.

Y la cuenta regresiva llegó a cero, junto a ella, la vida de Pater. El brazo caía inerte sobre su apoya manos. Los ojos dados vueltas y la espuma en su boca, era una imagen que ninguno de los juegos de realidad virtual que compartimos, alguna vez nos mostró.

Una alarma en el sensor señaló: “ventilación de aire contaminada” ¿ Entonces eso era lo que nos mataría? El mismo ecosistema que destruimos. ¿Y podía ser que la casualidad salvó mi propia vida? desconecté los cascos volviendo de inmediato a la silla.

El reporte de destrucción de mi amibot fue procesado instantes después, verificando una automatización para reponer uno de inmediato. Era cuestión de tiempo de que llegara, claro, no podía dañarme gracias a las tres leyes de la robótica. Aun así, eso no quitaba que no pudiera remplazar los filtros de aire y dejarme morir.

Entré a Héroes fantásticos, elegí un guerrero de alto nivel elevado al que siempre le oculte a Pater. Dirigí el personaje hacia el jefe del oceánico. Aquel malvado monstruo que tanto intentamos derrotar en grupo. Y lo elimine en nombre de ambos.

—Por ti, amigo.